

Jueves 01 de agosto del 2002

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Un gran desconocido

Desde que a partir del 1 de enero de 1994, fecha aciaga en nuestra historia contemporánea, entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Tlcán), poco sabemos de nuestros socios norteros. No me refiero a los norteamericanos, sino a los que se encuentran más lejos: A los canadienses. Jorge A. Bustamante constantemente se queja de nuestra ignorancia sobre las reglas del juego del sistema político y económico de Estados Unidos. Creo que con ser muy cierto, las lagunas frente a Canadá son aún más grandes. Se entiende que sobre Estados Unidos prive en nuestro país un sentimiento ambivalente entre la exaltación y el odio. Pero frente a los canadienses simplemente no parece existir ningún tipo de percepción: simplemente ignorancia y es recíproca.

Así como nuestros medios de comunicación no informan absolutamente nada acerca de lo que ocurre más allá de la tierra de las hamburguesas y los hot dogs, en Canadá pueden pasar semanas y no nos enteramos de que México exista, a no ser por nuestros estruendosos turistas que aprovechan el verano para llevar bien puesto el escudo nacional. Vamos, ni siquiera los medios dan cuenta de las últimas travesuras del súper gabinete. Claro, está el internet al que puedes acceder con una cómoda tarifa de cuatro dólares canadienses la hora; siempre y cuando encuentres alguna computadora con las instrucciones en inglés o francés, pues lo más común es el coreano.

Algo que sorprende a quien llega a una ciudad como Vancouver es la civilidad, buenas maneras y cortesía con la que se conducen cotidianamente sus moradores. Lo cierto es que la gente no acostumbra hablarse a gritos o tampoco suele aprovechar cualquier oportunidad para hacerse notar. Mis pequeños hijos resultaron los más estridentes de cuantos nos rodeaban. Eso para no dejar en mal a nuestra maltrecha patria. Me preguntaba qué opinarían estos respetuosos ciudadanos de la muy nortea costumbre de conducir demostrando que nuestro automóvil cuenta con vigoroso sonido estereofónico y que somos fans de Los Tigres del Norte, o de Los Tucanes o de Chalino Sánchez. O también la grata costumbre de estacionar el auto frente al dulce hogar y subirle el volumen al "chillón", acompañados de nuestras respectivas bebidas de moderación y de los cuates de toda la vida. No, aquí es impensable una demostración de tan grata alegría.

Canadá es un país grande territorialmente pero con poca población nacional: Apenas pasan los 32 millones de personas. Sin embargo, el rasgo distintivo es la mezcla de razas. Da la sensación de que todos son migrantes. Al menos la parte inglesa (el Oeste del país), es un mosaico cultural. Es una bella sensación, en ciudades como Vancouver, el que nadie se sienta extranjero. O más bien, de que todos somos extranjeros, pero nadie ve al otro por encima del hombro. La elevada calidad de vida de que gozan los canadienses ha sido posible gracias a las migraciones. Según un reporte de las Naciones Unidas, publicado por el periódico *National Post* el miércoles 24 de julio, Canadá ocupa el tercer lugar entre los mejores lugares para vivir; únicamente superado por Noruega y Suecia. Por muchos años mantuvo incluso el primer lugar, pero -según dice el reporte-, los otros dos países también hicieron progresos notables. En Canadá aumentó la expectativa de vida en el último año, pasando de un promedio de 78.7 a 78.8; pero también aumentaron los ingresos per cápita, pasando de 26 mil 251 a 27 mil 840 dólares anuales. En Suecia el 100% de la población en edad escolar cursa la escuela primaria, secundaria y preparatoria. En Canadá y Noruega el porcentaje se sitúa en un 97%. Si comparamos los datos con Estados Unidos, podemos observar el lugar privilegiado de los canadienses. La expectativa de vida de nuestros vecinos es de 77 años, su ingreso promedio per cápita es de 34 mil 142 dólares y el porcentaje de población en edad escolar que va a la escuela es del 95%.

Los datos anteriores nos indican la brecha que existe entre el Norte y el Sur: Entre ellos y nosotros. Competir comercialmente en esas condiciones parece ser una mala aventura. Las reglas tienen que variar e incluir esfuerzos compensatorios, como ocurrió en Europa. Sin embargo, tenemos la obligación de ampliar nuestra mira y reconocer en la experiencia canadiense de integración cultural una útil orientación y una rica veta para inventar nuestro futuro.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.